REPUBLICA DE COLOMBIA.—DEPARTAMENTO DE ANTIOQUIA

LECTURA AMENA

REVISTA DE LITERATURA

Año II } *Medellín*, 15 *de Enero de* 1906. } *No.* 30

R. MONTOYA PEREZ

FELIPE II

A Alfonso Echavarría

I

Hijo legítimo de Prisca y de un carnicero; pillo redomado, y antipático y feo como él solo; negro (aunque *papá* era blanco de color, por lo cual solía decir éste en ocasiones: "ese canalla *nian* se sabe si será hijo mío"); bizco y rechoncho; de carácter reconcentrado, inflamable, impulsivo, y sujeto tan grave, que apenas si había quién lo hubiese visto sonreír alguna vez. Tenía todas las trazas de ser una *ficha* perfecta con el tiempo, ya que sus pocos años—siete entrados en ocho—no le daban aliento para grandes hazañas todavía. Y en verdad que no tenía por qué ir á ser un ciudadano modelo, ni un ejemplar de virtudes altas, pues si habían de cumplirse las leyes atávicas en él, que era el resumen de cinco ó seis generaciones de aguardiente y de servidumbre, poco de aquellas virtudes quedaría ya allí, si acaso las había habido antiguamente en el árbol genealógico de su casa. Si vamos por Prisca, cocineras y más cocineras, hasta llegar á viejas esclavas, era lo único que se columbraba en el borroso pasado de los tiempos, sin que se hubiese tenido noticia de un varón responsable en toda la línea; y si por *papá*—pues lo era aun á pesar de las malas dudas que le infundía la color del muchacho—carniceros, borrachos, tahúres fulleros y aun bandidos que esgrimían tan fácilmente como envainábanlo en el cuello de una vaca, su cuchillo seboso y largo y afilado, sobre la armazón de cualquier prójimo. No era consoladora ni recomendable, pues, por cierto, la futura suerte de aquel calzonsingente, aunque hasta el día no había dado sino las malas muestras, ya dichas, de excesiva antipatía é impulsión de carácter.

Su nombre era el de Felipe, nombre del cual se sentía orgu-

llosa Prisca; y cuando estaba contenta del muchacho, ó satisfecha por cualquier otro motivo, se lo disminuía diciéndole:

Vení, Lipe, negro marrullero.

Un día Emilio, uno de los amos de la casa en que Prisca servía, al notar el tonillo de satisfacción con que ésta pronunciaba "Felipe", la dijo:

—Hola! Prisca: tú pusiste á este negro "Felipe", para reemplazar el nombre de su abuelo Felipe II de España, ¿no es cierto?

Prisca, muy sonreída por dentro y tirándoselas de que sí había habido abuelos en casa, le contestó al momento muy atentamente:

—Sí, señor, pa reponelo.

Una carcajada acogió esta respuesta, y desde entonces el tal pájaro fué, por todo el mundo, llamado Felipe II.

Era de verse, además, la indumentaria que gastaba esta su majestad: siempre con una *pierna* del pantalón á la garganta del pie y otra á la rodilla—por lo que se decía que Lipe usaba un calzón sí y otro nó—; con la camisa por fuera, también siempre, y siempre con el saco desabrochado y con la vieja gorra hundida hasta las orejas; y todo esto, completado por la más sucia y mocosa cara que han visto ni verán los siglos, amén de unas mechas tiesas, largas y descuidadas.

—Hombre Felipe II, le decía Emilio: ¿mucho trabajo te costó mantener la unidad católica en España y la supremacía en el mar, sobre Inglaterra?

Le bizqueaba por toda respuesta una mirada de desdén, y se iba sin pronunciar una palabra.

Entonces Emilio le gritaba:

—¿Muy serio, no? ¡Apuesto á que no contestas porque estás pensando en los trabajos de edificación del Escorial!

II

Ah! los coloquios íntimos de Felipe II con los chicos de la casa, y sus aspiraciones!

—Cuando yo esté grande, mataré vacas y toros como mi taita.

Pues ha de saberse que sí había lugar para íntimos coloquios, porque en las casas de nuestros *blancos* apenas establecen diferencia entre los niños siervos y los niños amos y los crían mano á mano, en una mezcolanza muy corriente y descuidada.

Así es que Felipe II eran muchas las patadas y cornadas de que hacía blanco á los chicos, sus amigos, de la casa, sobre todo si se trataba de Laurita, la más débil, una muñeca de cinco abriles; en cuanto á Augusto, un cachetón de su edad, empezaba á respetarlo porque era ligero y pesado, á un tiempo, de manos, y ya en franca y leal lid lo había, por varias ocasiones, casi vencido á fuerza de mojicones en plena plancha faz. Patadas y cornadas,

pues, repartía el negro á diestro y á siniestro, dado que á pesar de sus aspiraciones y casi seguridad de futuro matador de vacas y de toros, lo hacía también, bien, de toro y embestía hasta con las paredes.

Valiente y sufrido, había aguantado casi sin quejarse, descomposturas de manos y de patas y descalabraduras, en guerras de piedra; pero también á veces, por cualquier regaño de *mamá*, lloraba y chillaba sin consuelo, ronca y feamente (y es cosa probada que los negros lloran y chillan muchísimo más feo que los blancos), ó por cualquier desvío de manos de Augusto que fuera á dar muy pesadamente cerca de un ojo suyo.

Jugar solían de "gallina ciega", de "filito, filito de oro", de "pizingaña", de "esconde la correa" y de todo lo que han dejado los siglos implantado en materia de entretenimientos muchachiles; pero no eran esos los juegos que colmaran las aspiraciones de Felipe II; verdad era que entraba en ellos y chillaba y *jeringaba* más que ninguno otro, pero sus anhelos, sus altos deseos, sus aspiraciones íntimas y sombrías, eran las de jugar á "los novillos", pero en forma, y tener uno ó una vaca, para enterrarles el cuchillo en la garganta y ver correr, cálido y rojo, un arroyo de sangre. Varias veces había él puesto este proyecto en conocimiento de los muchachos, pero de los sinvergüenza, ni uno sólo se había prestado á ser la vaca ó el buey, aunque él protestaba y más protestaba que los degollaría con mucha maña.

III

Hablaba Felipe con Enriqueta un día.

Enriqueta era una mona inquieta y cavilosa, inmediatamente mayor que Laurita, á quien llevaba trece meses; tenía por consiguiente seis años largos; bonita, simpática y malvada y la más adicta á la majestad de Felipe II, cuya influencia allí era decisiva:

—Hoy jugamos de novillos?

—No hay novillo, dijo ella.

—Entonces una vaca.

—Yo no quiero ser.

—No, si es Laurita.

—Bueno, pero es que ella llora y se noja mamá.

—Nos vamos pa la güerta.

—Bueno. ¿Ya?

—No, espéreme aquí, oye?

Silbando y con una mano en un bolsillo las emprendió Felipe II vía de la cocina. Muy malicioso y más bizco que nunca, llegó y se puso á canturrear por lo bajo, distraídamente, y á atisbar el cuchillo de usos culinarios. Divisado que lo hubo, se le acercó como quien no quiere la cosa, le echó mano y se puso á dar golpecitos con él en el poyo, mientras decía á Prisca:

—*Mama*, hoy qué es?
—Miércoles. ¿Pa qué?
—Pa nada.
Prisca siguió entretenida en sus quehaceres y Lipe, después de deslizarse mañosamente el renegrido raspapán en un bolsillo, salió con lentitud y silbando nuevamente, de la cocina; pero apenas hubo salido, las emprendió como alma que lleva el diablo, en busca de Enriqueta. En llegando, la dijo :
—Bueno, camine pues, vamos onde Laurita.
Se acercaron á Laurita. Esta canturreaba y hablaba sola y jugaba con tierra.
—¿Nos vamos pa la güerta á jugar bien bueno, Enriqueta? dijo Felipe. Pero no llevamos á Laurita, oye?
—Sí, no la llevemos porque ella es muy necia.
—Sí me lleven, sí me lleven, dijo la chiquitina, dejando de jugar.
—No, no, dijo de nuevo Felipe, porque usté llora. Camine, Enriqueta, vamonós.
—No, yo no lloro.
—Bueno, pero vamos es á jugar de novillos.
—¿Y yo no soy, no cierto?
—Entonces no la llevamos. Sí, Laurita, camine, usté es la vaquita, bien bueno, y no le sucede nada.
—No, yo no....empezó á pucherear la niña.
—Camine pues, Felipe, dijo Enriqueta; dejemos esa muchacha tan moñona.
E hicieron como que se iban.
—Yo sí soy, pues, clamó Laurita.
—No, ya no, usté es muy mimosa.
—Yo sí soy, pues; yo sí soy, pues, siguió diciendo.
Entonces Lipe, sonriendo de triunfo, dijo:
—Camine pues la niña; así, sí, bien formalita.
Y emprendieron el camino de la huerta, los tres. Lipe se proveyó de un lazo. Llegaron y el negro ordenó á Laurita.
—Echese!
Ella se tendió de flanco con los ojos muy abiertos.
Entonces aquél, con un extremo del lazo, la ató los pies, y con el otro las manecitas.
—Téngamela usté de aquí!, dijo á Enriqueta, señalando la rubia cabeza.
Y Enriqueta la tuvo.
En seguida sacó el cuchillo: un cuchillo largo, negro y sin *cacha*, que además de los usos de cocina, tenía el de desherbador de la calle y de los patios; pero al verlo, Laurita empezó á decir nuevamente:
—Yo no! yo no!! casi llorando.
—Dejá la bulla, gritó Enriqueta.

—No, si no le pasa nada, añadió Felipe.

Y haciendo que Enriqueta tirara más hacia atrás la hermosa cabeza de la pequeña, lo que permitía ver un blanquísimo cuello lleno de venitas azules á flor de piel, aplicó allí el cuchillo, únicamente por simulacro; pero no pudiendo resistir á un arranque atávico de cinco generaciones de carniceros, lo hundió con fuerza, é hizo después un movimiento como para revolverlo dentro; un grito ahogado salió de la boca de la niña, y un chorrillo de sangre, cálida y roja, tiñó las manos del negro y en seguida el suelo.

Entonces Felipe II se incorporó asustado y dijo temblorosa y roncamente:

Enriqueta,....yo me voy.

Diciembre 10 de 1905,

ABEL MARÍN

MEMENTO

De duelo voy, porque la vida mía
es un interminable responsorio;
un incesante cántico mortuorio
que gime despiadado noche y día.

Y triste, y siempre igual, la melodía
vibra, como en eterno desposorio
con mi pecho cansado,—purgatorio
do late un corazón sin alegría.

De luto voy....Y ha mucho que de luto
pago á la Vida el ínfimo tributo
de mi vida y las lágrimas que encierra....

Fuerza es llevar al infinito acervo
de los Dolores, mi dolor protervo,
hasta ir al seno de la Madre Tierra.



ALFONSO CASTRO

EL ALMA DE LAS COSAS

A Dn. Fidel Cano.

Todos los seres vivientes de la naturaleza están animados de un alma, llamada principio vital, espíritu, alma fisiológica, alma espiritual, fuego central y quién sabe de cuántos otros modos, que es lo que les hace moverse, sentir, nutrirse, pensar, reproducirse, gozar, sufrir, en una palabra, cumplir con todas las funciones impuestas por las leyes biológicas, al tamizarse por sus organismos materiales y psíquicos.

Pero fuera de esa alma, cuya naturaleza íntima tánto discuten biólogos y filósofos, y que muchos hasta han negado, hay otra muy diferente, percibida por nuestros ojos mortales, que se manifiesta, esparcida en el conjunto, en todo movimiento y en toda actitud; que imprime á cada sér un carácter propio, algo *sui generis*, su idiosincrasia, como quien dice, y que fija, por decirlo así, el sello de personalidad, hasta el punto de ser imposible la confusión de un sér dado con otro de su misma especie. Esta última, que quizá no sea sino un simple reflejo ó una manifestación de la interna, de la invisible, ha sido calificada por los estetas con el nombre de *expresión*, y se encuentra, no sólo en hombres y animales, sino en todo lo inanimado que ofrece el universo.

Vívida, sugestiva, se advierte tanto en el más soberbio paisaje, como en el objeto más insignificante de uso diario. Por dondequiera que se tiende la mirada, se columbra multiforme y reveladora, despertando en nuestro interior la gama de las sensaciones, desde la tristeza hasta la alegría,—allí incluídos los estados intermedios,—y un mundo de pensamientos, que pueblan la mente de gérmenes nuevos, á la par que ensanchan el horizonte de sus aspiraciones y despiertan las ansias latentes de un perfeccionamiento constante.

Yo la veo ahora en las flores que, colocadas por mano tierna, en un jarrón sencillo, decoran mi estancia, impregnando el ambiente con su perfume suave. Son un manojo de rosas, que empiezan ya á marchitarse y que han dejado caer algunos pétalos sobre el suelo, como anticipadas gotas de llanto por su próxima muerte. Sugieren un vago sentimiento de tristeza ó mejor, para usar de una expresion más en conformidad con lo que se expone, han comunicado la melancolía que inunda sus almas á la mía.... Y en verdad que están melancólicas! Sus hojas han perdido el verdor bri-

llante que lucían en el rosal, cuando recibían los besos del sol; sus pétalos, antes rosados y tersos como frescas mejillas de campesina, están mustios y han tomado ese *color ajado* de las cosas que empiezan á envejecer; sus botones ya no se tienden al cielo, pletóricos de vida, como cuando aspiraban á reventar en explosión de colores y de perfume, sino que miran á la tierra dejativos, agónicos, cual si presintieran su fin inmediato.... Luégo, yo pienso, por asociación de ideas, en la facilidad con que todo, aun lo más bello, se va desvaneciendo en la vida sin dejar rastro; pienso en lo poco que duran las pompas y galas de este mundo y en el destino que tocará á las personas y á las cosas que nos han hecho bien; pienso en el afecto tan puro del sér delicado que para mí ha cogido las rosas, el cual, como todo lo humano, tendrá que acabarse cuando la mansa muerte se éntre por mis lares.

También esa alma de las cosas la veo en las hileras de libros que decoran los anaqueles de mi estante, luciendo sus dorsos rojos, verdes, negros, en donde letras doradas enuncian la materia de que aquéllos tratan, y siento al abarcarlos en conjunto, no sé qué confuso malestar.... Esos libros, en su quietud inmutable y estando cerrados como están, siempre son perturbadores, porque sugieren al alma la imposibilidad que existe, por lo corto de los días del hombre y por lo rudimentario de su intelecto, de impregnarse de las ideas que contienen y de todo lo que se ha escrito sobre los mismos temas; lo cual, por lo demás, quizá no sea sino un cúmulo de errores con visos de verdad, que más tarde podrán desecharse como cosas nocivas ó por lo menos sin importancia, ó que, no obstante el ser verdades, podrán no reportar ninguna ventaja para la vida, y sí más bien, acarrearle toda clase de males y tristezas, por el convencimiento que se adquiera de que el patrimonio de los hombres es el dolor y de que no deben abrigar la más remota esperanza de redención.

¿Qué suscita en mí estos pensamientos y muchos otros que dejo en silencio por no ser prolijo? Simplemente el conjunto formado por las rosas en el vaso que las contiene y el aspecto de los libros alineados en el estante. Es decir, la expresión que tienen aquéllas y éstos; el alma de que están animados en su misma quietud de cosas, que impresiona la mía sensible, de modo especial, como podría hacerlo el arpegio de notas que se desgrana de las cuerdas de la guitarra.

Esa alma, como ya se dijo, no sólo se presenta en los objetos que nos son queridos á fuerza de tanto mirarlos á nuestro lado, en los monótonos días del vivir, sino que la vemos también, más rara y atrayente, en todas las cosas nuevas con que van tropezando nuestros ojos. La charca verdosa, cubierta de plantas acuáticas, y cuyas aguas quietas y sombrías despiden emanaciones corrompidas, nos deja al contemplarla una impresión de tristeza suprema, que nunca se borra y que suscita en nosotros, siempre

que de ello nos acordamos, por extrañas analogías, el pensamiento de que hemos estado frente á frente del sér moral de ciertos hombres, que pasan por la existencia arrojando á los surcos el germen del mal y cosechando á mares las lágrimas de sus semejantes. El claro arroyuelo que atraviesa la pradera coronándose á cada paso de níveas espumas, sin detenerse á copiar las flores que adornan sus orillas, y llenando el aire con el eco de sus borbotones y choques, nos refresca interiormente y alivia nuestro pecho de las preocupaciones que pueda tener, á la par que nos habla de lo ligero, de lo sonriente, de lo juvenil. Yo, un día sin sol, he visto en una inmensa llanura, completamente plana y verde, sin más límite que el cielo, una garza blanca, en pie sobre una de sus patas, inmóvil, en actitud meditativa, con el largo cuello encorvado, resaltando notablemente la albura de sus plumas en la esmeralda de la sabana, y nunca por mis ojos ha desfilado nada más melancólico; era casi doloroso.... Daban deseos de tirarse al suelo y no seguir viviendo .... Quería ver en aquella ave, que tenía todas las apariencias de un signo interrogante, una pregunta dirigida por la tierra al infinito: ¿Por qué tánto desamparo? ¿Por qué el sol ya no brillaba, ni se oían pájaros, ni había un árbol? ¿Por qué ese silencio tétrico, augur de tempestades, de que estaba algodonado el ambiente? (1)

Siempre recordaré con profundo pasmo en el espíritu y hondo recogimiento místico, la impresión que en mí produjo un crepúsculo en las márgenes del Cauca. Era bajo la comba de un cielo completamente azul y brillante; por el lado del poniente el sol se hundía en medio de una inmensa mancha de púrpura, lo cual era causa de que aquél fingiera ser una herida monstruosa abierta en el firmamento; el río corría, entre selvas seculares, majestuoso, dejativo, sin ruido, semejando sus aguas, por influjo de la luz solar, raudales de sangre vertidos de una arteria colosal, y llevando en su superficie alfombras verdes, formadas por plantas acuáticas, que pasaban ante mis ojos, una á una, con pereza, sin procurar alcanzarse y sin obligar al río á hacer el menor esfuerzo para arrastrarlas. En la orilla opuesta se extendían yerbales uniformes, cuya monotonía sólo era turbada, de trecho en trecho, por cabezas de ganado que mascullaban la yerba meditativamente. Desde el seno de la tierra parecía subir un vaho de tranquilidad y de descanso que lo penetraba todo; al mismo tiempo que á lo

---

(1) Después de escrito lo anterior, he visto una poesía de Julio Flórez, llamada *La Gran Tristeza*, que desenvuelve un pensamiento muy semejante al mío, sin que esto quiera decir que yo haya tomado lo mínimo del gran poeta. Lo que cuento lo han visto mis ojos; así como aquél probablemente describe lo que él ha visto. En el hecho apuntado no hay, pues, más que una mera coincidencia, que, por otra parte, sirve para ilustrar mejor el punto de que trato.

lejos creíase escuchar de modo confuso un solemne toque de ángelus. De rato en rato algunos pájaros pasaban rozando con las alas la superficie del río y la plegaban por un instante como una vaporosa muselina. Luégo, por doquiera, un matiz rojo prevalecía por sobre el verde de los vegetales, el oscuro de las aguas, el negro de la tierra, y aquello era extraño, grandiosamente extraño: diríase que Dios había llovido sangre sobre el mundo. De súbito, en un recodo del río y siguiendo su cordón, apareció una canoa, deslizándose lentamente, en la cual, á más de una negra vestida de colores abigarrados, iba un negro medio desnudo, que tripulaba aquélla, levantando á cada golpe de canalete como borbotones de sangre y rasgando el silencio con un canto de amores en dialecto bárbaro, dejativo, doliente, que resumía en sí todas las angustias de una raza oprimida y todos los dolores transmitidos de generación en generación....Al oírlo se sentía tal transporte y se penetraba uno tan intensamente del alma emanada de aquel jirón magnífico de naturaleza, y de los seres que allí actuaban, que era casi imposible contener las lágrimas y acallar los raros impulsos de difundirse como el aire, para, penetrando hasta los menores resquicios de las cosas, hacerse ultrasensible al contacto de cada una de sus partículas ... ¡Jamás espectáculo humano me podrá proporcionar la emoción de aquel crepúsculo!

Muy embotada tiene que tener la sensibilidad quien al penetrar á una casa abandonada, cuyos muros empiezan á derruirse y á ser invadidos por yerbajos y malezas y en cuya atmósfera vaga ese olor especial de cosa vieja, no experimente algo muy vago, algo indefinible, que predispone el espíritu á los ensueños saturninos; ó el que al ver el vestido que usaba cuando niño y las flores secas y las cartas de la primera novia, no se conmueva con el aleteo de los recuerdos, que necesariamente tienen que afluir á su mente; ó quien no sienta un nudo de llanto en la garganta, á la vista del guardapelo que ató á su cuello la madre moribunda; ó el que no vea con tristeza el pañuelo que empapó en lágrimas la mujer amada en momentos de una despedida....

Pero ¿por qué objetos comunes, sencillos, han de impresionarnos de una ú otra manera? Simplemente porque tienen un alma de la que nunca se desprenden. Nosotros, por una necesidad imperiosa del espíritu,—cuya causa me es desconocida,—de hallar sensibilidades y concordancias en lo que nos rodea, se la hemos comunicado á la mayor parte de ellos, y el resto la tienen de por sí. Por supuesto que aquélla varía notablemente según el espectador que contemple la cosa; de donde resulta que para tal persona, un objeto dado puede tener, por mera simpatía, más alma, y ser ésta más decidora é intensa, que para cualquier otra que no se halle en análogas circunstancias á la primera; ó para decir mejor, á un objeto determinado, tal espectador le presta mucha más alma, por mayor conocimiento y por cosiguiente mayor amor, que otro

espectador, que apenas conozca *materialmente* el objeto. Para un músico, un violín en su estuche es mucho más sugestivo que para un individuo vulgar, ignorante de las bellezas del pentagrama, que no verá en él sino un aparato feo y de mal gusto. Las rosas que en este momento perfuman mi estancia, me son hondamente caras y me sugieren una serie de ideas que no por ser melancólicas dejan de ser agradables; en tanto que para el visitante analfabeta, son flores sin importancia, que nada dicen y que si le merecen una mirada es simplemente por sus colores vistosos.

Los efectos que el alma de una cosa produce en el observador, son enteramente diferentes según se la contemple aislada ó en relación con las almas de todas las cosas que la rodean. Cuando se ve un objeto determinado, haciendo caso omiso de los que están á su lado, se experimenta una emoción enteramente diversa, las más de las veces, de la que se obtendría al abarcarlo en conjunto con todo lo próximo. Pero como el aislamiento no es sino mero proceso de la mente, porque no existe en la naturaleza, y como por esto mismo, nosotros no percibimos nunca *una* cosa sino grupos de cosas, resulta que los fenómenos experimentados por nuestra alma á la vista de aquéllos, son simplemente la suma de los efectos que nos produce cada objeto.

La vista de un bloque de mármol pulido y labrado, donde el artista ha puesto vida y animación silenciosa, despierta, fuera de lo sugerido por lo que aquél represente, una especie de alegría, por la gracia con que el trabajo haya sido ejecutado y por el convencimiento que se abrigue de que allí existe una resistencia vencida; las plantas cubiertas de flores, los rayos de sol, los cielos barridos, también despiertan alegría, y alegría franca y expansiva; una alameda de árboles, cuyas frondas sean discretas y tupidas, nos hace pensar en un dulce reposo, en la tranquilidad, y nos conforta; pero si mármol, y flores, y sol, y cielo, y árboles los vemos reunidos en un cementerio, ya, en vez de emociones agradables, lo que sentimos será una gran tristeza, la infinita tristeza de la vida extinta....

Del conocimiento íntimo del alma de las cosas se nutre el arte, que, como ya lo dijo un Maestro, es la naturaleza vista al través de un temperamento; por lo tanto, aquél tiene una importancia capital en el perfeccionamiento humano, al ser la fuente de donde brota éste—el arte— augusto y sereno, que tiene sobre sí las prerrogativas de factor esencial para la dignidad de la existencia, puesto que nos coloca muy por encima de los seres de la escala animal.

Por supuesto que ese conocimiento, para que cumpla su cometido, no debe tener la sequedad pormenorizadora de un tratado de anatomía, ni la fiel trivialidad de una placa fotográfica. Muy al contrario, debe mostrarnos la naturaleza, intensa y vigorosamente, con todos sus matices y detalles, llenos de gracia, movi-

lidad y sugestión y tan perfectamente armónicos que constituyan un retazo de ella, vívido y humano, si así puede decirse; de tal suerte que al contemplarlo en nuestro interior, como mero brote mental, como un simple recuerdo, ó en el mundo externo, como objeto real, como producto de arte, nos deje la impresión de que estamos en presencia de algo que alienta por su propia cuenta, porque tiene en su seno el jirón de alma de que nos hemos desprendido para animarlo.

De allí se deduce que para obtener semejante resultado, es menester *sentir* íntimamente y con toda verdad, los millones de objetos y de organismos que pueblan el mundo; es menester aprender á dejarnos impresionar por ellos, hasta el punto de imaginar en un momento dado, que algo de nosotros les está tan estrechamente ligado como su misma esencia; es menester amar, comprender y estudiar la vida, aun cuando muchas veces tales actos nos causen el agudo dolor de una desesperanza. Siendo átomos, hacemos parte de ese gran todo que se llama universo y no podemos permanecer indiferentes á las vibraciones maravillosas de su materia. Nuestra alma, como un gas sutil, debe difundirse por dondequiera, infiltrándose por todas partes, para vivir la grandiosa vida universal. Debemos rugir con el mar, silbar con el viento, alumbrar con el sol, cantar con el ave, ser verdes con el árbol, diluír perfumes con la flor, infundir melancolía con las noches lunares, tronar con los cielos, llorar mansamente con el rocío y amar con todo, que todo sobre el orbe ama.

La frialdad y la falta de reacciones psíquicas en presencia de las mil modalidades de la vida—y vida es todo lo que abarca el ojo—es señal inequívoca de una inferioridad mental ó de un estado patológico, ambas cosas asimilables á deficiencias de organización, que avecinan á lo irracional.

Se colige de lo expuesto, que quienes pueden tener más de ese conocimiento de que se viene tratando, son aquellos seres superiores de alma delicada y analítica, abierta á toda clase de impresiones, que mediante el estudio concienzudo y un asiduo meditar, han sabido convertirse, hasta donde es posible, en una como caja de resonancias, á donde van á percutir todas las fuerzas vitales que imperan sobre la tierra, y que han logrado, después de ardua labor, dotar á la humanidad con los haces de vibraciones que esas fuerzas han producido en su sér. William Shakespeare será siempre honra de la especie humana, mientras exista el afortunado que sepa sentir debidamente el Alma de la Duda y del Análisis, que, merced al influjo de su mentalidad poderosa, ha tomado forma tangible bajo el tipo de Hamlet; ó mientras quede un mortal que, al conocer el Alma de los Celos, encarnada en Otelo, ruja como él de amor y sea capaz de apagar la vida de Desdémona, como quien deshoja una flor. El Manco de Lepanto vivirá existencia de ungido en la memoria de los hombres, mien-

tras exista el noble loco que se deje penetrar por el Alma del Ensueño, simbolizada por la figura heteróclita de Dn. Alonso Quijano, en pugna siempre con el Alma de la Prosa, apestando á ajos y á regüeldo, que también se enmarca en la figura de Sancho Panza, el padre de los filisteos.

Por supuesto que tanto vale referirse al alma de un objeto material, como á la de algo abstracto é inmaterial, cual es el amor. Una y otra tienen existencia real, al menos *en nosotros*. Prueba de ello es que en todos los tiempos, escultores, pintores y hombres de péñola han creado figuras en representación de aquello que nuestros sentidos ni por pienso alcanzan á percibir, por ser meras abstracciones de la mente ó modos de ser del espíritu. La maledicencia ha sido pintada por Giovani Bellini; Giotto ha encontrado colores en su paleta y movilidad en su pincel, suficientes para representar la Envidia y la Cólera; Miguel Angel, á los golpes de su escoplo prodigioso, simbolizó la Virilidad y la Sociedad en la Barba y en las Leyes de su Moisés; Eschylo ha puesto ante nuestros ojos, á impulsos de su verbo, la Fuerza y la Violencia.

Entre las ventajas capitales del alma de las cosas, figura en primer término la de ser infalsificable como la misma verdad; lo cual, por otra parte, es una de las propiedades que debe tener también el arte. La descripción de un paisaje ó el análisis de un estado psíquico, deben ser ejecutados de tal modo que el observador que tenga para ello facultades, los sienta tan hondamente cual si fuera el uno, ofrecido por la propia naturaleza, y el otro, desenvuelto en el interior de sus células cerebrales. Por más habilidades que despliegue quien pretenda convertirse en intérprete de impresiones no recibidas, no hará sino obra de fracaso, que podrá desorientar á los incultos, por el mayor ó menor brillo de que esté provista, pero jamás á un espíritu fino, que siempre verá, bajo el ropaje espléndido, la artificiosa armazón de la impotencia. Para sentir y representar la vida, se requiere la sinceridad, muchas veces brutal, que tiene la vida misma. De allí que ciertas escuelas de arte, literarias sobre todo, produzcan al examinar sus obras, no obstante la tolerancia de que uno esté impregnado, un gesto de desprecio ó una sonrisa de desdén, por no ser más que un conglomerado de palabras musicales y coloreadas, tejidas en redes extravagantes, por entre cuyas mallas se advierte, sin mayor esfuerzo, una irremediable caquexia intelectual de acólitos y sacerdotes. Siempre causarán la impresión de lo ridículo las tentativas de singularización, por manifiesta hipertrofia del yo, de ciertos mozos que nos hablan de los calcinados arenales de Egipto y de sus pirámides, cuando apenas conocen el huerto paterno; de prematuros cansancios, originados por "el mal de Wherter", cuando no han recibido más golpe de la suerte que la carencia de haberes necesari[illegible]—por ineptitud las más de las veces—para no ser pará-

RICARDO NIETO

PERFUME EXOTICO

(BAUDELAIRE—*Fleurs du mal*)

Cuando en las tardes cálidas del lujurioso estío
Aspiro entre tu seno perfumes enervantes,
Paréceme que surgen riberas muy distantes
Que brillan á los rayos de un sol yerto y sombrío,

Y más allá una isla que cruza un vasto río,
En donde crecen árboles de frutos embriagantes
Y hay hombres cuyos músculos fornidos y gigantes
Son yunques,—y mujeres cuyo mirar da frío.

Y veo en lontananza perdidos en las brumas
Los mástiles de buques que á orillas de la playa
Se mecen lentamente sobre un jardín de espumas;

Y al suave olor que exhalan los verdes limoneros
Se mezclan y confunden, cuando la luz desmaya,
Los cantos y los gritos que dan los marineros....

LUIS CANO

EN MARCHA

Apenas puesto el sol de la mañana,
sin sandalias los pies, dejé mi Huerto,
por ir tras la doliente caravana
de los cansados hijos del Desierto.

Y voy; la sangre que mi planta mana
la huella escribe de mi andar incierto,
mientras copian mis ojos la lejana
Riba que al fin del arenal advierto.

Allá la enferma tribu de Bizancio
canta el himno triunfal de su derrota,
ante la sacra imagen del Cansancio.

No tienen líquen en la frente; pero
algo invisible que á su lado flota,
dice el regio vocablo que yo espero.



TEODOR DE WYZEWA

HENRI IBSEN

Hace dos ó tres años vi por primera vez al Dr. Henri Ibsen. En una tarde de estío se paseaba á lo largo de la plaza Max Josefh, en Munich; y á pesar de la elegante corrección de su vestido, su alto sombrero bien lustrado, su levita forrada en seda, su corbata blanca, me causó el efecto de un viejo león del desierto, que se pasea en su jaula. Mi impresión se acentuó más cuando un cuarto de hora después, á las seis y media en punto, le vi entrar, descubierta la cabeza, en un café de la calle Maximiliano, y arrojar al rededor de la sala una mirada desdeñosa y tranquila.

Sentado á una mesa vecina de la puerta, quitóse lentamente los guantes blancos, los colocó al alcance de su mano, pidió un pequeño vaso de cognac, una garrafa de agua fresca y el *Fígaro*. Quedó luégo inmóvil, acodado sobre la mesa, y así pude observarle á mi amaño.

Efectivamente era un león viejo. Su espesa cabellera desordenada, sus tupidas cejas, los dos mechones de sus patillas, no menos tupidos, le circuían el rostro de una blanca melena, cuya rudeza no alcanzaban á suavizar los más esmerados cosméticos. Había también en el porte altanero de su cabeza, en el resuelto ademán de su brazo, algo enérgico y feroz que me pareció concordar perfectamente con la áspera salvajez de ese hombre.

En el estío último, un amigo común, M. Conrad, el eminente promotor del movimiento realista en Alemania, quiso presentarme al viejo poeta noruego. Nuevamente nos encontrámos en el Café de la calle Maximiliano: venía él allí todas las tardes, media hora después de las seis, y permanecía hasta las siete y media, acodado en el mismo lugar, inmóvil y silencioso, bebiendo metódicamente á pequeños sorbos, un vaso de cognac mezclado con agua. Inmediatamente reconocí al león viejo:—sus cabellos, sus cejas, y su barba habían tomado aspecto más feroz.

Pero cuando me hube sentado cerca de él, descubrí que por un fenómeno singular, sus cabellos, sus cejas y su barba parecían ser una melena postiza, bajo la cual advertí un rostro pequeño, regordete y pulido, harto más semejante á una hermosa manzana que á un hocico de león. Sus ojos mismos, bajo las gruesas gafas de oro que los cubren, tenían una expresión suave y casi infantil.

Dulce é infantil era la voz de Ibsen, y las cosas que él nos decía eran también perfectamente infantiles y dulces. Durante

una hora nos permitió escucharle; hablaba lentamente, como midiendo las palabras, con admirable claridad de pronunciación.

Nos dijo que estaba satisfecho del éxito obtenido en Francia por sus *Revenants*: había leído todas las revistas, y algunas, me contesó, le habían hecho llorar de ternura. El, como todos los escritores alemanes, no deja de tener los ojos vueltos hacia París; para ellos, solamente allá está la verdadera gloria; y comprendí bien que la suerte reservada por los espectadores del Odeón á *Nora*, pieza suya ya muy vieja, impresionaba más al Dr. Ibsen que el triunfo que en Copenhague pudiera obtener la obra que él se preparaba á escribir.

Ibsen me habló luégo de la vida apacible y feliz que había encontrado en Munich; se sentía mejor allí que en Roma, donde había permanecido tanto tiempo. Me invitó á venir á verle á su departamento, piso segundo de la casa Heurmeter, diciéndome, además, que estaba por el momento muy ocupado y que no le eran harto amables las visitas.

Como yo me admirase de la facilidad con que él hablaba el alemán, se apresuró á manifestarme que su madre, su abuela y su bisabuela eran alemanas; hay también en sus venas un poco de sangre escocesa. Con todo, la noruega, es la sola lengua en que él pueda escribir. Inmediatamente vinimos á la historia de sus dramas, que nos condujo á la de su vida literaria.

Así supe cómo Ibsen había sido primero farmacéuta y luégo director de teatro, y que se había mostrado en estos dos oficios tan perfectamente incapaz, que el Rey de Suecia le había al fin concedido una pensión que le permitiera viajar, escribir dramas cuando quisiese, y no embarazarse en adelante con ninguna profesión regular. Esta pensión empezó Ibsen á recibirla hace treinta años. La representación de sus piezas le proporciona, además, una buena renta, apesar de que en la mayor parte de las ciudades alemanas—en Munich, por ejemplo—sus dramas más característicos, los *Revenants*, el *Ennemi du peuple*, están prohibidos por la censura.

No creáis, con todo, que Ibsen se quejase ante mí de semejante prohibición. El es un hombre suave y respetuoso, á quien jamás se le ha oído una sola palabra de vituperio contra nadie.

Uno de sus amigos de infancia me decía que desde el colegio le había conocido ese hábito de reserva, así como el de la perfecta corrección exterior y el de la regularidad en todos los actos de la vida. Jamás una palabra más alta que otra, jamás una señal de cólera ó de malevolencia.

De su rival Biœrnson, á quien, según se me dice, ha detestado siempre, y que pretende reemplazarle en la admiración de los alemanes y los escandinavos, no cesa de hablar con tierna deferencia, como me ha hablado de Tolstoi, á quien, no obstante, confiesa no haber entendido nunca completamente.

Los poetas jóvenes que le envían sus obras, están seguros de

hallarle siempre presto á la admiración: él no olvida felicitarles por su genio, en hermosas esquelas, cuidadosamente escritas, con caracteres iguales, que á mi juicio hacen de su escritura la más metódica que haya tenido poeta alguno.

¿Por qué causa este hombre, de ordinario tan reservado, y conocido de sus amigos como absolutamente impenetrable, quería esa tarde exponernos algunos detalles acerca de la pieza que se proponía escribir? Estaba en humor de confidencias, y tenía una locuacidad tal, que yo vi á la hermosa sirvientita del café fija en nosotros, considerando con sorpresa, acaso con espanto, aquel derroche de palabras en un hombre casi mudo.

Pero los detalles que nos dió el Dr. Ibsen no hubieran permitido á nadie robarle el asunto de su nuevo drama. Nos explicó solamente la tendencia general, el tono y el plan de la obra. Nos dijo que había renunciado yá á los grandes dramas sociales que agitan problemas á su entender demasiado vastos. Quería, por otra parte, reducir los asuntos y ensanchar los cuadros, hacer entrar en las intrigas de apariencia menos romanesca mayor parte de naturalidad, de análisis y de verdad,

Muy avanzada la hora nos despedimos, y yo sentí, al considerar una vez más la extraña figura del viejo poeta, que su genio se asemejaba harto á su apariencia exterior.

Hay, efectivamente, en sus dramas algo de feroz, de salvaje, que no deja de conmover. Se siente pasar sobre la escena un soplo de fatalidad trágica, y la impresión que se experimenta se adueña absolutamente del alma; pero poco á poco se observa que esta impresión es debida, toda ella, á medios bastante fáciles, y que rápidamente empieza á atenuarse. ¿El ejemplo de M. Mæterlink no prueba suficientemente cuán facil es producir en el teatro los efectos del terror? El espanto es, quizá, de todos los sentimientos dramáticos, el más violento, pero también el que se gasta más rápidamente

Se observa asimismo, sin ninguna dificultad, lo que hay de extraño y misterioso en los dramas de Ibsen. Adviértese al punto que los personajes principales ganarían si explicasen los motivos de sus actos; que así, aunque al principio no hubiésemos de encontrarles sorprendentes, en seguida nos sería más cómodo comprenderles y amarles.

Pero bajo la falsa melena se descubre en Ibsen un rostro pequeño, encantador, lleno de dulzura infantil; y los grandes problemas que él ha desarrollado en sus dramas son también como una falsa melena que oculta cuadros de costumbres y caracteres de adorable frescura.

Poco á poco, á medida que se conoce más el teatro de Ibsen, se ve que los personajes trágicos se oscurecen y que, por el contrario, resaltan las figuras episódicas, las muchachas, las criadas, los compañeros de mesa: todo un mundo que hace pensar mucho más en Dickens que en Shakespeare, pero que se agita allí con

gestos naturales y frases sencillas de una verdad exquisita. Y es, nos parece, á aprovechar este lado gracioso de su talento, á lo que se dirige la evolución presente del dramaturgo noruego.

Yá, en su última pieza–la *Femme de la Mer*–los personajes accesorios han adquirido una importancia considerable, y la escena no desecha las jóvenes amables que charlan y se entretienen con la vida. Aquello no es, en verdad, sino una serie de cuadros de género. Y como á los caracteres principales se les mantiene, asimismo, en una especie de media tinta, el conjunto de la pieza viene á formar una comedia muy amplia y muy variada; un gracioso cuadro de la vida escandinava; de tal suerte que en lugar de los rugidos de león, cuyo sonido era un poco falso, Ibsen nos hace oír allí su dulce vocecita infantil, tal como yo la oí, el estío último, en el café de Munich, bajo la mirada llena de asombro de una hermosa criadita de cabellos pálidos.

ROBERTO JARAMILLO A.

SOBRE "CRISALIDAS" (1)

Ave, bruñida y cincelada copa,
En que bulle, espumante y generoso,
Un licor ciconial inaccesible
Al vulpino intelecto!

Libro vivido por el alma enferma
Cual de un bardo arielita, en cuyas sienes
Roja y febril la inspiración abate
Su vuelo condorino.

Y pliegue la sonrisa el sitibundo
Místico labio que abrevarse pueda,
Y el topheth temperar de sus entrañas
Con este dulce acíbar.

Con fluvial regocijo en la medula
Penetra de mis huesos, y con rara
Fruición inebriativa se diluye
En mi sér como un óleo....

Inacabable Floridor! tu brote
Es la explosión ubérrima de un mártir
Que rubricó con sangre el lujurioso
Triunfo de sus misterios.

Polífono clarín! si tu elocuente
Y ronco clamoreo, si tu cálido

(1) Ultimo libro de Abel Farina.

Verbo cosmopolita no perfora
Los tímpanos de piedra;

Si el flechaje de luz de tu cerebro
Macizo y poliglota, no descuaja
Las sombras caligíneas en que duermen
Ablépticos bausanes;

Adiós á los imbéciles cretinos!
Que oirán, en su charca legamosa,
La canción vulgarísima del "Oro"
Mas tu éfeta, nunca!....

Ave, noble Maestro! Mal podría
Tu flor sedeña de inviolados pétalos,
De eunucos deshojar y bayaderas
La sacrílega mano.

Ayer con centellante vapuleo
Y diluvial chasquido en sus escápulas,
Dos serpientes de luz, que fueron liras,
Hablaron: "Anathema...."

Mañana surcaréis del infinito
Etéreo mar la especular llanura,
Que lleva sus calladas dilaciones
Allende lo Invisible....

Allá do en el País de la Quimera
Está la Ciudad Santa de las almas,
La que en las noches que el Misterio espía
Adoran en espíritu.

La Tierra Prometida en cuyo cielo
De un azul impecable, desparrama
La inmensa flor de la prosficua Aurora
Su abanicado broche....

Vagad como cristálicas locuras,
Oh vólucres bohemias: la caricia
Universal del ósculo febeo
Ya difunde sus lampos.

Desplegad como un lienzo policromo
Sobre eurítmicos cálices muranos,
Y en suave ondulación afelinada,
Las alitas ubicuas.

Cuyas notas de luz en un poema
Heróico, no cantado todavía,
Rimen el verbo de la fuerza oculta
Y la blanca Victoria....